

Retrospectiva de Valenzuela Llanos

Para inaugurar la nueva galería de exposiciones de la «Librería del Pacífico» se ha reunido un conjunto de paisajes del maestro chileno Alberto Valenzuela Llanos.

Se trata, en verdad, de un gran acontecimiento artístico, puesto que con ello se permite contemplar en forma minuciosa, vertebrada y cuidadosa las obras del período final del gran maestro chileno.

En este período, Alberto Valenzuela Llanos había evolucionado bastante con respecto a su estilo de juventud. Las telas no aparecen ya con el rigor constructivo que es dable apreciar en *Puente de Charanton* y otras de su época parisiense. Desde aquellas primeras obras a las expuestas en la galería de la calle Ahumada la paleta del pintor ha ganado en musicalidad. Se ha perdido en la tectónica, es decir, en la construcción, pero se ha acentuado el valor atmosférico. En su primer período Valenzuela Llanos estaba más cerca de Cézanne, en esta etapa final de su vida artística aparece más impresionista.

El sentido de tal evolución no escapa a quienes siguen con ojos lúcidos la historia del arte. Porque el caso es bastante frecuente, sobre todo en los artistas de gran sensibilidad. Señalemos, con las reservas de rigor, dos ejemplos aclaratorios: los de Velázquez y de Renoir.

Velázquez, en su primera etapa técnica aparece duro, recortado. Su pintura acentúa los caracteres tácticos y escultóricos. Después, cuando el maestro adquiere soltura y experiencia y se afina en la mirada, hay en sus obras un carácter etéreo, espacial. Velázquez pinta entonces, sencillamente, la atmósfera.

Algo parecido puede decirse de Renoir. Su primera etapa naturalista es bastante diferente de la última. Entonces, enfrentado ya a los temas de desnudos y de flores, su pintura se

carga de honda significación lírica y se libera de influjos extraños a su propia personalidad.

¿Qué ha ocurrido? Algo muy lógico. En los primeros tiempos el pintor, llámese Velázquez, Renoir o Valenzuela Llanos, se halla excesivamente sujeto a la tiranía de la técnica. Tiene la preocupación de someter los volúmenes y los demás elementos de la composición a los cánones morfológicos. El pintor no es entonces estrictamente él. Su pintura lleva en sí distintos aportes, influjos y admiraciones, voces y colaboraciones ajenas.

Quienes carecen de personalidad suficiente, jamás se liberan de esa tiranía y evolucionan siempre dentro de corrientes extrañas o viven una existencia artística enmarcada en puros reflejos foráneos.

La medida de la genialidad nos es dada muchas veces por el encuentro y el hallazgo de un estilo personal propio. Sobre todo por esa etapa final en la cual el pintor encuentra su voz más auténtica.

No queremos decir, ni mucho menos, que Valenzuela Llanos sea un genio. Pero es indudable que en la etapa postrera su pintura fué más suya. Es evidente, también, que cuando dejó de mirar a los modelos de la escuela de París perdió en relación a los problemas de la plástica pura, pero al hacerlo encontró acentos personales.

Se hizo más impresionista. No fué, empero, un impresionista ortodoxo. Sus telas no conocieron la irisación de los tonos puros ni la yuxtaposición brillante de las manchas violentas.

Sus paisajes son la representación de la naturaleza a través de un temperamento esencialmente lírico. Traza estados de alma y refleja el hondo poema de las formas que lo envuelven.

La pincelada es ahora sencilla, espontánea; la elaboración, sobria. La técnica no aparece aquí, se ha esfumado ante la sapiencia de muchos años de práctica, ante la espontaneidad del lenguaje propio y la gracia de un paisaje sentido y amado.

Sus medios se simplifican de modo considerable. Así no se

advierte en la tela ningún tono cálido. No hay rojos ni amarillos vibrantes. Abundan, por el contrario, los ocres y amarillos quebrados, los grises, los violetas y los pardos. La pintura es así una pintura dicha en voz baja, como en susurro, delicada, sutil, sensitiva.

Es indudable que al acercarse a la naturaleza chilena y al hacerlo humildemente, como él lo hizo, la naturaleza habló en su mejor lenguaje, y, al mismo tiempo, el pintor supo con ello incorporar a su estética elementos autóctonos. Pero Alberto Valenzuela Llanos, uno de los clásicos de la pintura chilena, por lo que su arte tiene de lección y de ejemplo magistral, supo ser un pintor de su tierra y al mismo tiempo un pintor de poderoso aliento universal.

Exposición Helene C. Jourde

Lo primero que resalta en la pintora Helene C. Jourde es su alejamiento de lo que es ya habitual en los artistas de nuestro tiempo. De sus obras se desprende un encanto singular. Sus temas son originales y su manera de verlos acusa una personalidad muy vigorosa.

Estamos muy lejos de las flores y de los paisajes a que nos han habituado los pintores de la Sociedad Nacional y de los excesos modernistas de ciertos jóvenes de los Salones Oficiales.

Helene C. Jourde ha tomado sus temas de los extraños y poco habituales modelos que ofrecen las tierras tropicales. Pero esta pintora no es tampoco una artista preocupada por la visión autónoma o primitivista de los pintores de esas tierras.

Al contrario.

Lo original de su obra nos es dado por una pintura refinada y occidental, pero en la cual el influjo de los maestros orientales ha dejado su sedimento. Así en sus pájaros y en sus flo-